

Contra el héroe cristiano¹

Against the christian hero

Contre le héros chrétien

Contra o herói cristão

Alberto Echeverri Guzmán²

Cómo citar este artículo: Echeverri, A. (2023-2). Contra el héroe cristiano. *quaest.disput.*, 16 (33), 42-64

Resumen

El mito del héroe en Occidente ha ido adquiriendo dimensiones cotidianas desde el incremento de los medios de comunicación social. La fe de los cristianos no sólo resulta influenciada por la multiplicidad de la figura heroica sino que parece disfrutarla y aun contribuir a su prolongación cultural. El ensayo pretende cuestionar el hecho específico de la existencia del héroe desde la ideología que lo genera y con la que él mismo coopera, examinando en particular su sentido o sinsentido para la fe cristiana al ponerlo frente a la persona de Jesús de Nazaret. Concluyen estas breves páginas proponiendo una manera creativa de vivir la historia, renunciando al heroísmo como un camino de superación de la mera ideología.

Palabras clave: Cultura; Héroe; Fe cristiana; Ideología; Mito; Historia; Ética.

Abstract

The myth of the hero in the West has been acquiring every day dimensions since the increase in social media. The faith of Christians is not only influenced by the multiplicity of the heroic figure but also seems to enjoy it and even contribute to its cultural extension. The essay aims to question the specific fact of the hero's existence from the ideology that generates it and with which he cooperates, examining in particular its meaning or nonsense for the Christian faith by placing it in front of

¹ Artículo de reflexión. Recibido 12/04/2024 – Aprobado 21 de Julio de 2024

² Doctor in Theologia, Università Pontificia Gregoriana, Roma. Postdoctorado en Ciencias Sociales, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá. Grupo de investigación "Sagrado y Profano" adscrito a la Universidad Industrial de Santander (UIS) y al Instituto Colombiano de Estudio sobre las Religiones (ICER). Contacto: escarabajo4747@gmail.com. Orcid 0000-0002-3570-6770.

Jesus of Nazareth's person. These brief pages conclude by proposing a creative way of living history, renouncing heroism as a path to overcoming the mere ideology.

Keywords: Culture; Hero; Christian faith; Ideology; Myth; History; Ethics.

Résumé

Le mythe du héros en Occident a acquis des dimensions quotidiennes depuis l'essor des médias de masse. La foi chrétienne n'est pas seulement influencée par la multiplicité de la figure héroïque, elle semble s'en réjouir et contribue même à son prolongement culturel. L'essai vise à interroger le fait spécifique de l'existence du héros du point de vue de l'idéologie qui le génère et à laquelle il collabore lui-même, en examinant en particulier sa signification ou son absence de signification pour la foi chrétienne en l'opposant à la personne de Jésus de Nazareth. Ces brèves pages concluent en proposant une manière créative de vivre l'histoire, en renonçant à l'héroïsme comme moyen de dépasser la simple idéologie.

Mots-clés: Culture; Héros; Foi chrétienne; Idéologie; Mythe; Histoire; Éthique.

Resumo

O mito do herói no Ocidente tem vindo a adquirir dimensões quotidianas desde o aparecimento dos meios de comunicação social. A fé cristã não só é influenciada pela multiplicidade da figura heróica, como parece apreciá-la e até contribuir para o seu prolongamento cultural. O ensaio pretende questionar o facto específico da existência do herói do ponto de vista da ideologia que o gera e com a qual ele próprio coopera, examinando em particular o seu significado ou falta de significado para a fé cristã, contrapondo-o à pessoa de Jesus de Nazaré. Estas breves páginas terminam propondo uma forma criativa de viver a história, renunciando ao heroísmo como forma de superar a mera ideologia.

Palavras-chave: Cultura; Herói; Fé cristã; Ideologia; Mito; História; Ética.

Introducción

Hay un concepto común a la mayoría de los mitos burgueses: la irresponsabilidad del hombre (Barthes, 1957 / 2002, p. 248).

En discusión de tiempo atrás vengo tomando conciencia de sentirme invadido por héroes de todos los tamaños, formas, géneros y rostros. Niños, jóvenes, adultos y no pocos ancianos nos vemos empujados a soñar con el héroe. La palabra misma recorre día por día en la televisión, el cine, la prensa, en las diversas expresiones del arte, en la literatura, el teatro, en la música y sobre todo en el deporte. Incluidos los cristianos, que compartimos el entusiasmo por ese personaje con creyentes de otras denominaciones. Una rápida ojeada a la *Web* me informa sobre el “héroe cristiano”: al menos en la versión de lengua hispánica, el primero en lista es uno de ingrata memoria para la democracia y aun para la fe de cualquier creyente, el dictador español Francisco Franco.

Ante mi necesidad de cuestionar la figura del héroe cristiano, hay que empezar por poner en discusión la del heroísmo como símbolo humano. Y preguntarse a continuación por su coherencia al interior de la fe cristiana. Las páginas siguientes buscan plantear ambos problemas, alimentadas por la hipótesis de que lo acontecido en la historia del cristianismo con los héroes no parece ser cosa distinta de un asunto político; de política eclesiástica y no eclesiástica, en suma, de la conducción de la cosa pública por quienes en alguna forma detentan el poder.

La invasión de los héroes

Quizá por cosas de la edad, el primero que me ha venido a la mente ha sido el compañero de Sancho Panza, don Quijote de la Mancha. Pero hay acuerdo en apodarlo del *antihéroe* por excelencia (McLean, 2002). Los discutidos orígenes hebreos de su creador, Miguel de Cervantes (Alvar, 2005), y en todo caso su simpatía por los cristianos nuevos que parece remontarse a parientes venidos de ellos (Eisenberg, 2005), pudieron influir en su personal negativa a hacer del malhadado castellano un héroe; aún estaba fresca la memoria lamentable de las cruzadas cristianas, incluida la de los niños y la más reciente de la Reconquista de Granada, que habían llevado a la Península a echar por tierra poco a poco la inclusión religiosa y, a la par, la elemental convivencia de los judíos con los árabes y los españoles.

La literatura, el teatro, la pintura, la escultura, la música, la danza, y en época reciente los historiadores, politólogos, sociólogos, psicólogos y otros escritores han ido tomando nota de los *héroes* producidos en todos los rincones del planeta a

lo largo de la historia. Más allá del universo de los griegos y los romanos, de la historia medieval y renacentista, de la modernidad misma, la América Latina de los años sesenta conoció y degustó el mito del 'Che' Guevara que, declinado en muy variados lenguajes -unos revolucionarios y otros burgueses-, la condujo a ser conocida en latitudes para las que hasta entonces no era más que un cúmulo de pueblos y tierras exóticas, el Tercer Mundo, el del 'subdesarrollo'.

Los antropólogos hablan hoy de "los heroicos mil individuos" de la especie *Homo ergaster* -por exactitud 1280, según la ciencia-, sobrevivientes indómitos a una de las primeras glaciaciones 900.000 años atrás, durante el período Pleistoceno medio, de quienes tendría su origen el *Homo heidelbergensis*, y con el correr de los siglos la especie humana actual (Dusi, 2023, p. 27).

Un acucioso estudio de Patricia Cardona (2006) proporciona varios tipos de *héroe* (pp. 58-67): el mítico, el trágico, el civilizador, el novelesco y el mediático. Los tres primeros, el mítico (Hércules), el trágico (Edipo) y el civilizador (Prometeo) pertenecen a los tiempos clásicos; la admiración que se les profesó desde los primeros siglos de la cultura griega y romana fue prolongada por Occidente -al menos hasta la época medieval- porque el mítico fundaba la ley, el trágico la defendía y padecía por la justicia, y el civilizador entregaba las fuerzas de los dioses encarnadas en la cultura.

Sin duda alguna, el héroe clásico en términos estrictos no es dios ni hombre, cabalga trágicamente entre las dos condiciones. Su valentía, sus gestas, su condición de vencedor sobre las más grandes adversidades lo hacen semejante a los dioses; como ellos posee virtudes especiales: belleza corporal, fortaleza física, templanza, valentía, ingenio, prudencia y sagacidad para encarar los retos, entre ellos proteger a los hombres, incluso de la rudeza con la que los dioses los castigan y les hacen sentir debilidades mortales. Sus hazañas son grandes, su poder para vencer a los enemigos es reconocido y ensalzado, y su capacidad de enfrentarse a causas 'imposibles' e irrealizables es trágica porque evidencia la vulnerabilidad que su ser oculta. (Cardona, 2006, p. 53)

En él héroe se hace manifiesto un ser humano en rebelión contra los esquemas que su entorno social y sobre todo político quieren imponerle: el aguerrido y popularísimo Hércules de la Grecia antigua sufre aun la envidia de los dioses. El héroe busca, por encima de todo, la justicia. Es un transgresor de los límites, y en grado inédito. Mediador entre este mundo y el otro, afirma Joseph Campbell (Bauzá, 1998, p. 153), que "desafía a la velocidad, al destino y a la muerte misma" porque para él la esencia de la vida consiste en una permanente e infinita superación de obstáculos, que sólo

interrumpe la muerte; y, para que la admiración por él trascienda las generaciones, “es preciso que muera prematuramente” (pp. 171-172). El propósito ético que pretende siempre transmitir a sus defendidos y al entorno lo inscribe en el panteón de sus homónimos.

“Son dioses inacabados” (Cardona, 2006, p. 58) los héroes míticos y también los civilizadores. Muchos entre quienes sucedieron a nuestros ‘civilizadores’ pretendieron otro tanto, sobre todo en el mundo de la política y de la cultura; al igual que el de su perfil primigenio, despreciaron las leyes cósmicas³, instituyeron las leyes de la cultura y con ello proclamaron un nuevo sentido de la historia. A cambio, sus antecesores trágicos, “épicas por excelencia” (p. 59), instauraban la ley, la respetaban y defendían por dura que fuese; tenían sus orígenes en los dioses pero eran hombres, y por eso sufrían. Pero en los últimos seis siglos, el incremento de la narrativa literaria relevó un cuarto ejemplar heroico, el novelesco que, a diferencia de los precedentes, construye sus propias leyes pues sus luchas no son eternas sino internas, y sus viajes lo conducen dentro de sí mismo (p. 62).

Ahora bien, al ascender en Occidente los valores prosaicos de la burguesía – estamos a mediados del siglo XV- la literatura reforzó la exaltación de la temeridad. Se adquiría mayor valor cuanto más se arriesgaba la vida en combates desiguales. Abundaba el heroísmo de los nobles, y con mayor razón el de los príncipes, “caballeros sin miedo”, porque sentirlo era cosa de un bajo nacimiento, lastre de los villanos. El renacimiento sucesivo se encargará de corregir esa imagen de la valentía nobiliaria. “La revolución burguesa -acotarán Del Castillo & Cano en la presentación de una obra reciente de Terry Eagleton (1990 / 2006, p. 25)- escondió su falta de heroísmo con imágenes épicas trasnochadas; pero la revolución socialista es una épica sin héroes, una poesía del *Unmensch*, de los desgraciados que no aspiran a nada, excepto a subvertir toda aspiración”. Hasta llegar a nuestros tiempos cuando “el miedo ante el enemigo se ha convertido en la norma” (Delumeau, 1989, pp. 12-17).

En las poblaciones indígenas de las que hoy son las naciones latinoamericanas nacieron sus propios *héroes*⁴, y mayormente frente a las crueldades de las dominaciones europeas. A ellos se sumarían los que resultaron de las sublevaciones de los esclavos africanos llegados a la América española y portuguesa. Y al producirse la liberación del despotismo extranjero, los himnos de los distintos países surgidos de ella harían la épica de los *héroes* producidos durante las campañas políticas y militares de su lucha por la independencia. En el de Colombia, entre las

³ Los movimientos ambientalistas actuales subrayan la grave irresponsabilidad de estos hombres y mujeres.

⁴ Por ejemplo, *Bochica* fue desde los inicios, para la variopinta etnia muisca que pobló buena parte del centro de Colombia, más que un dios un *héroe civilizador* (Medina de Pacheco, 93).

pocas estrofas que habitan todavía mi memoria, hay una -la undécima- que canta, a propósito de uno de los *héroes* rebelados contra la tiranía española en la Nueva Granada: “Ricaurte en San Mateo, / en átomos volando, / deber antes que vida / con llamas escribió”⁵.

Me resulta evidente que los colonizadores de América, Asia y África en la edad llamada moderna quisieron asumir el perfil de los *héroes* civilizadores, sólo que imponiendo modelos culturales a gentes que ya tenían otros muy diversos; cantan todavía sus glorias las estatuas que se erguían en nuestros parques y plazas, hasta hace poco pues las va suprimiendo un reciente movimiento iconoclasta en protesta por los derechos pisoteados entonces.

Del mundo que los iberoamericanos habíamos creado hasta fines del siglo pasado pudo afirmar el Maestro Octavio Paz (1987, p. 451):

No tuvimos Ilustración porque no tuvimos (la) Reforma, ni un movimiento intelectual y religioso como el jansenismo francés. La civilización hispano-americana es admirable por muchos conceptos, pero hace pensar en una construcción de inmensa solidez -a un tiempo convento, fortaleza y palacio- destinada a durar, no a cambiar.

Hacia la primera mitad del siglo XX, antes de la implosión de los medios masivos de comunicación, nació el célebre movimiento del escultismo, difundido en el nivel intercontinental. Con él empezó a generarse el héroe de los nuevos tiempos, garantizado sí por una tradición pero proveniente de una escuela que superaba el círculo estrecho de la familia para entrenarlo con el objetivo de que llegara a serlo. Niños y jóvenes *scouts* eran formados no sólo para ser buenos ciudadanos sino, y ante todo, para ser *héroes*. Las niñas, las adolescentes y las adultas fueron admitidas en los batallones heroicos tan sólo algunos decenios más tarde, dado el virilismo que predicaban los *scouts*. Sir Robert Baden-Powell, el fundador, sostenía desde los inicios en 1908 que “la religión debe ser enseñada al joven no en agua de rosas ni en modo misterioso y lúgubre; él está dispuestísimo a acogerla si se le muestra en su aspecto heroico” (Subin, 2023, p. 196). Contra el escepticismo religioso de finales del XIX, en el nuevo siglo el *escultismo* exaltaba “la convicción en la propia fe y en el derecho de dominar y guiar el planeta” (p. 196). Un cristianismo muscular, de origen protestante, pero que la Iglesia católica romana poco a poco fue acogiendo, enfatizando sus logros educativos, aunque a mi juicio de manera acrítica⁶. Valdría la pena el estudio hermenéutico crítico, animado por los dirigentes religiosos de las tres

5 Himno nacional de Colombia, Rafael Núñez (1887).

6 Los dos últimos Papas, al igual que varios predecesores, han favorecido el movimiento con documentos laudatorios: Benedicto XVI (2007), Francisco (2019): en esta ocasión, los recibidos en audiencia especial eran 5.000.

grandes Iglesias cristianas, de las obras de Rudyard Kipling (1865-1936), el premio Nobel británico admirado y muy leído por los jóvenes, tanto *scouts* como extraños al movimiento, al menos hasta los años setenta del siglo XX; pintaba el Oriente como “una especie de fantástico campo de adiestramiento donde eran enviados los muchachos a convertirse en ‘verdaderos hombres’” (Subin, p. 205)⁷. Declinado además al femenino, alcanza a percibirse el influjo del perfil de las y los popularísimos *scouts* en el trazado asumido por los *mass media* para su propia figura heroica: ambos propician escuelas para *héroes*.

¿Un héroe o una heroína cristianos?

En sus inicios, la Iglesia cristiana habló siempre de mártires, no de *héroes*: aquellos afrontaban con dignidad e indefensos las acciones agresivas de otros, el *héroe* lideraba las propias desde una posición de poder. Esos primeros cristianos, mujeres y hombres, buscaban el Reino de Dios “como un viaje espiritual y como una reacción política en evolución frente a los actos absurdos de violencia, desigualdad e injusticia que caracterizaban a los reinos de los hombres” (Horsley & Silberman, 2005, p. 7). Cuando superó los varios siglos en que el martirio estaba a la orden del día, la Iglesia sintió la necesidad de promover sus propios *héroes*, permitiendo que se tildara de tales a los que lograron sobrevivir en medio de las luchas iconoclastas, a los que superaron las épocas de las herejías, a los reyes y las reinas que castigaban con su poder a quienes se rebelaban contra el autoritarismo de papas, obispos, y aun de simples párrocos. Y no dudó en incluir de heroica la sola profesión de oponerse al degrado moral de la sociedad europea que hacían los anacoretas, los cenobitas y los monjes.

Las desastrosas cruzadas contra los turcos, alentadas en buena parte por la percepción de que su fe islámica era distinta de la del Occidente, quisieron en algún momento superar los tiempos medievales. Como resultado de ellas surgieron los héroes de ambos bandos, cristianos y no cristianos. Todavía en el siglo XVI los europeos -y en consecuencia quienes invadieron los territorios de la actual América y buena parte del África- se gloriaban de las hazañas heroicas de sus campeones. Con esos símbolos, entre otros muchos, se propusieron educar en la fe cristiana las nuevas generaciones de mestizos que fueron habitando los territorios arrebatados a indígenas y negros. No es de extrañar que las fábulas y leyendas de *héroes* nada americanos ni africanos poblaran la imaginación de los reducidos a vasallaje, pero al mismo tiempo lograran suscitar en ellos los propios. Estos serían testimoniados por los relatos de escribanos e historiadores en

⁷ No rinde buen servicio a la imagen del escultismo el duro e incisivo documental fílmico (Los archivos secretos de los Boy Scouts de EE. UU., Netflix, 2023), del ya conocido director estadounidense Brian Knappenberger, quizá porque evidencia los excesos de la mentalidad virilista que marcó desde los inicios a la organización.

los primeros siglos de la colonización; si las religiones de los indios americanos los tuvieron, persisten aún, por ejemplo, en la conciencia cada vez más difundida de los afroamericanos practicantes de la religión yoruba⁸.

Por los tiempos en que España se asomaba temerosa al Renacimiento, a poco seguida de Portugal, y ya los dos nacientes imperios habían vivido de heroísmo en todas las declinaciones hasta entonces posibles, el futuro almirante Colón desembarcó en las Indias Occidentales. Con el advenimiento de los cristianos españoles y portugueses, heredamos los americanos el panteón griego, el romano y el medieval de los *héroes*. Al que sumaron nuestros antepasados europeos otros nuevos, los conquistadores, que en nombre de Dios y del monarca de turno se apoderaron de cuanto no les pertenecía. Les sucedieron los gestores de las muchas políticas, las civiles y las eclesiásticas, que aumentaron las gestas heroicas; sólo que con frecuencia narraban las de ellos mismos. Las crisis sociales y económicas de los siglos sucesivos despertaron un curioso significado de heroísmo: lo merecía, y continúa mereciéndolo, quien no se dejaba comprar cuando sus informaciones o sus actividades, un trabajo como tantos, ponían al descubierto intereses extraños poco éticos; se trataba -y se trata- de periodistas, investigadores, escritores, jueces, abogados, líderes religiosos de diversas denominaciones. Hasta el momento que pudimos encontrar los *héroes* mediáticos; entonces numerosas Iglesias y entidades semejantes entraron en la brega por hacer visible la propia imagen, estimulando acciones que dejaran en claro sus individuales diferencias porque rayaban en lo heroico. Pienso que puede explicarse el fenómeno, al menos parcialmente, por el hecho de que en un mundo como el nuestro la mirada ética resulta sustituida por el discurso moralizante de “las buenas costumbres”: Entonces las “acciones heroicas” se reducen a la superación de lo moralmente correcto, y la existencia del héroe pierde su sentido. Para muestra, los modernos *seudohéroes* de la política, “una suerte de productos míticos elaborados *a priori*, cuya nota distintiva se asienta casi con exclusividad sobre un entusiasmo retórico que se diluye a medida que se va poniendo de manifiesto lo vacío de sus discursos”; mera propaganda partidista, extraña a la esfera de lo simbólico (Bauzá, 1991, p. 161)⁹.

Consciente o inconscientemente, los cristianos, tanto en Oriente como en Occidente, hemos sido permeados por la misma dinámica. Repetimos los esquemas de la heroicidad con personajes, por ejemplo, como el franciscano san Maximiliano Kolbe que tomó el lugar del prisionero padre de familia, ofreciéndose al carnicero

8 Los héroes del cristianismo postmedieval fueron en general de sexo masculino; la fe yoruba no tiene inconveniente en incluir a las mujeres entre ellos (Latino de Genoud, 2001-2002).

9 A propósito de los discursos políticos de tipo místico: “Para tutelar vuestra lucidez, traducid siempre tales tonterías en imágenes concretas: un soldado que llora mientras agoniza, una mujer golpeada y brutalizada, un niño que tiembla de miedo” (Harari, 2020, p. 403).

nazi; un héroe repentino a quien no tenemos problema en juntar con decenas de santos que han sido hechos tales porque “han practicado virtudes en grado heroico”¹⁰. Sin dar aquí lugar a un tratado sobre la galaxia de las virtudes, que depende siempre del entorno cultural, me atrevo a afirmar que su observancia produce en quien las practica un ciudadano auténtico, quizás una verdadera persona. Existen además las virtudes cristianas. Sólo que parecen no bastar al ideario cristiano tales virtudes puestas en acción: para ser elevado a la condición de *héroe* entre los cristianos, vale decir ‘santo’, la mera virtud tiene que alcanzar un grado inédito. De ahí la aguda interpretación del calvinista escocés Thomas Carlyle (1841 / 1967, p. 45), historiador y filósofo (1795-1881): “¿El mismo cristianismo no tiene quizás el propio germen en este culto de los *héroes* (...), en esta sumisión ardiente y sin límites por una divina forma de hombre?”¹¹.

Puede constatar, sin embargo, que son muy raros los tratadistas del heroísmo humano que incluyen a Jesús, el Mesías cristiano, en tal categoría. De Él ha subrayado la teología su calidad de Profeta, de buscador de Dios, de poeta de la compasión y narrador de parábolas, de curador de la vida, de defensor de los últimos, de Maestro de vida, de creador de un movimiento renovador como carismático itinerante, de Sabio entre los sabios de la antigüedad, de creyente fiel, de amigo de la mujer, aun de conflictivo y peligroso, de Mártir por excelencia del Reino de Dios, de resucitado por Dios (Barbaglio, 2012; Pagola, 2013); pero no de *héroe*. Ni siquiera su muerte cruenta es testimoniada por quienes la narran en términos épicos. Y el documento quizá más antiguo que escenifica su resurrección deja en vilo la transmisión del hecho a los discípulos de Jesús, pues las probables testigos de lo que se les ha comunicado: “no dijeron nada a nadie porque tenían miedo” (Evangelio de Marcos 16,8); igual había sucedido poco antes con el testimonio que dio María de Magdala “a los que habían andado con Jesús”, quienes “no le creyeron” (Evangelio de Marcos 16,10-11).

Leídos los relatos evangélicos desde la perspectiva en que fueron escritos, la pascual (muerte y resurrección), adquieren su justa dimensión los símbolos de realeza atribuidos a la persona de Jesús (por ejemplo, la adoración de los magos, su entrada triunfal en Jerusalén): al momento de la Pasión, la coronación con espinas y las ridiculizantes insignias regias (el cetro de caña, las vestimentas sobre el cuerpo desnudo y martirizado, el trono inexistente) evidencian la versión evangélica de Jesús Rey. Rechaza en repetidas ocasiones a quienes pretenden hacerlo tal, porque su Reino no es de este mundo, afirma Él mismo (Evangelio de

10 Del *triregnum*, la tiara pontificia, producto ideológico de las políticas pontificias que entre los siglos IX y XIV enfatizaron el poder espiritual, temporal y real de los papas, se decía que simbolizaba las tres virtudes teologales (fe, esperanza, caridad); en el Papa debían existir en grado heroico pues “en principio vive en estado de santidad” (Chevalier & Gheerbrant, 1986 / 2009, p. 991; Deneb, 2001, p. 199).

11 La fe cristiana habla más bien de un Dios que se hace hombre, de una humana ‘forma’ de Dios.

Juan 18,36), aunque lo promete para la historia presente (Evangelios de Mateo 5, 3-12 y de Lucas 6, 20-23)¹². En el fondo, se trata sólo de un ser humano que cumple la Misión de anunciarlo como un don, y que afronta las consecuencias del envío que se le ha confiado. De hecho, sus propias palabras en el Evangelio son la mejor comprobación: “Servidores inútiles somos, no hemos hecho más que cumplir con nuestra obligación” (Evangelio de Lucas 17,10), y Él mismo fue uno de ellos. Ha preferido ser rechazado antes que tolerar otro tanto para los demás porque el horizonte preferencial de su mirada va en dirección de los de abajo, de los últimos en la sociedad. Si la condición heroica subraya la independencia del sujeto que busca la justicia por sí mismo, el Nazareno reafirma siempre su dependencia de otro a quien llama su *Padre*¹³. Ningún lector atento de los Evangelios cristianos podría detectar los rasgos de un *héroe* en alguno de los discípulos que elige Jesús; se trata de gentes del común, asumidas por Él con múltiples defectos, no sólo con la posibilidad de que lo abandonen sino también de que lo traicionen. Nunca acepta que los muchos que caminan a su lado generen una simbiosis con Él, hasta el punto de que, al dejarse percibir una vez resucitado, desaparece cuando alguien quiere apropiárselo (Evangelios de Lucas 24,31-32 y Juan 20,16-17). No, Jesús de Nazaret no es un *héroe*.

Abundan hoy los libros, las películas, las series de televisión que han ido creando toda una ciencia-ficción en torno a la persona de Jesús de Nazaret, y en el fondo subrayando su condición heroica. Un solo ejemplo, entre muchos: *El código Da Vinci* de Dan Brown. Precisa José Antonio Pagola (pp. 529-530) que sus autores no tienen en cuenta la investigación moderna, se niegan a los criterios de historicidad, hacen afirmaciones provocadoras en contra de lo investigado de primera mano y seleccionan episodios secundarios por su potencial sensacionalista. Pero, sobre todo, ignoran lo que constituye el mensaje central de la persona de Jesús.

El ámbito castrense en todas las latitudes propicia la mentalidad heroica. Por eso la metáfora militar tiene que ver de alguna manera con nuestro tema. Presente de manera amplia en el epistolario del Apóstol Pablo (Barrios Tao, 2008, p. 177), es relevante en su carta a los cristianos de Éfeso (Carta a los Efesios 6,14-17) para simbolizar el papel de quien anuncia el Evangelio y el combate del cristiano contra el mal. Pero no aparece en los cuatro Evangelios que hablan de ejércitos en contadas ocasiones: se trata, por ejemplo, de una parábola de Jesús (Evangelio de Lucas 14,31-33) o de cierto centurión romano que pide para

12 Considero desafortunada la moderna fiesta católica de Cristo Rey, instituida por Pío XI en 1925 contra el ateísmo y secularismo seculares que, según el Papa, querían “expulsar a Jesucristo y su santa Ley” de la sociedad contemporánea: aunque no lo pretendían, su liturgia y las costumbres religiosas derivadas de ella han puesto el énfasis más en el poder de la divinidad que en el significado de la misión redentora de Cristo Señor.

13 Abundante en el Evangelio de Juan, iterativa en los tres Sinópticos.

un criado suyo la acción curativa del Nazareno, mientras describe la relación con sus propios subalternos (Evangelios de Mt 8,5-13 y de Lucas 7,1-10). Es preciso advertir que la moderna exégesis bíblica ha llamado la atención sobre la ideologización sufrida por los escasos textos del Nuevo testamento referidos al mundo de la milicia, citado de manera siempre alusiva.

De mitos e ideologías

Los ‘superhéroes’ estadounidenses *Supermán* y *Batman*, que invadieron particularmente la América Latina a mediados de los años cincuenta, se vieron obligados a generar la correspondiente versión femenina, so pena de entrar en conflicto con las mujeres que se tomaban los escenarios de la política y también deseaban un personaje propio. No pasó mucho tiempo antes de que, en los últimos decenios del siglo XX y los primeros del XXI, el universo mediático fabricara una irrefrenable marea de supuestos *héroes*, mujeres y hombres, animales, plantas, elementos del espacio sideral, seres de otros mundos -incluida, claro está, ultratumba-, con facciones de monstruos o de extraterrestres, que asaltaron los hogares de los cinco continentes. Más aún, gracias a la *internet*, series de televisión y de gran pantalla como “Trono de espadas” están alcanzando cifras astronómicas de accesos porque acuden a ellas gentes de cualquier género y edad y condición social; que además no han tenido dificultad alguna en ver reemplazado el sapiente y simpático heroísmo del aspirante a mago “Harry Potter” y sus amigos (el libro había alcanzado 500 millones de copias a los 10 años de su publicación), por el de reyes o gobernantes o tiranos o líderes mafiosos con sus respectivos avatares -nótese: en posiciones siempre dominantes-, que pueblan hoy la cotidiana espectacularidad en la que participan familias enteras desde la propia casa en distintas latitudes. Por añadidura, parafraseando a Umberto Eco (1995), en más de una ocasión se trata de seres apocalípticos, que juntan a la violencia de sus acciones el miedo y aun el horror ante un futuro cada vez más incierto y siempre trágico.

Otto Rank (1884-1939), un estudioso del personaje heroico, no duda en afirmar (1809 / 1981, p. 111): “Los mitos de *héroes* equivalen, por muchos rasgos esenciales, a las ideas delirantes de algunos individuos psicóticos que padecen delirios de persecución y grandezas, esto es, a los paranoicos”. El crítico alemán subraya “el carácter egotista” del paranoico: “su exaltación de los padres no es más que un medio para la exaltación de sí mismo” (p. 112). Para el *héroe*, “el rango de sus ascendientes se torna frecuentemente una fuente de los mayores trastornos e infortunios”; el rescate y la venganza son conclusiones naturales, pues los padres aparecen como sus primeros y más poderosos oponentes (pp. 80.88.92)¹⁴

14 Argumenta Bauzá (p. 148) contra Rank que, al afirmar éste el origen del *héroe* en su infancia, olvida que los mitos no son elaborados por éste sino por los pueblos, adultos por tanto: pienso que el autor uruguayo no advierte las implicaciones que tiene la interpretación psicoanalítica del colega.

La de Rank no es más que una de las varias hipótesis sobre el origen del *héroe*. En cualquier caso, nuestro protagonista, en definitiva, aparece como un modelo prototípico, un “arquetipo” que “responde a patrones universales e inmutables, que hacen de él un personaje fundamental en la construcción de referentes culturales y en la instauración de un sentido mitológico” (Cardona, 2006, p.57), por otra parte característico de todas las culturas. Los mitos son tan viejos como el mundo de los seres humanos, desde su nacimiento en la vieja Mesopotamia (Rank, 1809 / 1981, p. 10) y su paso por Egipto, Grecia, Roma, el Oriente y el Occidente hasta el día de hoy. En la sociedad burguesa que mitifica -sea la oveja sea la vaca-, el mito expresa “un habla despolitizada (...) porque suprime la dialéctica, organiza un mundo sin contradicciones puesto que no tiene profundidad” (Barthes, 1970 / 2002, pp. 238-241). “Cuando la revolución se transforma en ‘izquierda’, mitifica por ejemplo a Stalin, produciendo ‘un metalenguaje inocente’ que deforma el mito en ‘naturaleza’ y por tanto no esencial” (p. 243). A mi parecer, Barthes no duda en situar hoy el mito a la ‘derecha’, donde “se ubica estadísticamente (pues) postula la inmovilidad de la naturaleza” y entonces “la historia se evapora” (pp. 245-248)¹⁵.

Difícilmente se negará que, al mismo tiempo, en las diversas épocas corresponde a un producto ideológico. Eagleton Terry en su *Introducción a la teoría literaria* ha definido la ideología como “esos modos de pensamiento, valoración, percepción y creencia que guardan algún tipo de relación con el mantenimiento y reproducción del poder social” (Trifonas, 2004, p. 78). Ciertamente, una forma de apropiarnos de nuestro destino; sólo que fabricada en la era contemporánea, para ser consumada mientras nos divertimos, y por eso sin discreción alguna o, al menos, con un mínimo de ella. Vale decir que hemos transitado desde el mundo de las ideas al de la ideología¹⁶: según Barthes, “el mito exuda ideología” porque “transforma el significado en forma” -recuerda Trifonas (p. 24). Recurriendo de nuevo a la expresión de Patricia Cardona, hemos pasado del *héroe* mítico al mediático.

La ideología, acompañante infalible del mito, obra por tanto en las múltiples representaciones del *héroe* mediático, oculta pero actuante en un medio de comunicación facilitador de su cautivante figura. A la ideologización de la cultura contemporánea ha contribuido sin duda el universo de los medios de comunicación de masas¹⁷. Pero los culpables no son los instrumentos, ellos sólo reflejan y vehiculan, en proporciones gigantescas, las que Galli (2022, p.22) ha enumerado entre las “ideologías de

15 Cuando se extiende el uso de la pólvora con fines bélicos, pierden sentido los combates individuales, y por tanto la valentía del *héroe* en sus luchas singulares; de ahí el delinearse de un *héroe* “más inclinado a lo doméstico y lo cotidiano que a lo sobrenatural y lo invencible” (Bauzá, pp. 123-24).

16 El filósofo francés Destutt de Tracy acuñó el término a principios del siglo XIX como “ciencia de ideas”.

17 “Que tienden a desresponsabilizar, aislar y aun anonimizar al sujeto” (Galli, p. 145).

la posmodernidad: el neoliberalismo¹⁸, el populismo, la ecología, el feminismo, el ‘políticamente correcto’, las microideologías identitarias”. Como en toda ideología, en las de nuestro mundo contemporáneo residen parcialidad y totalidad, crítica y conformismo, acción y coacción (Galli, p. 63): el mejor caldo de cultivo para actuar una manipulación.

Pero son las microideologías identitarias las que, a mi parecer, esconden una problemática más aguda. Bien podría definir las un párrafo del politólogo Amador Fernández Savater (2012, p. 8), a propósito de la ficción política:

La ficción es la potencia de humanización por excelencia: si los seres humanos no somos simplemente un ‘producto necesario’ de las determinaciones biológicas y sociales, sino que tenemos la capacidad de hacernos un cuerpo nuevo, la ficción actualiza y verifica esa potencia, interrumpiendo los automatismos, haciéndonos insumisos a nuestro destino escrito en los genes, los apellidos, el lugar de nacimiento o la condición social.

La ideologización de los *héroes* se revela por igual en la tendencia innegable a idolatrarlos. Sucedió con algunos de los *héroes* clásicos. Al transitar desde el *héroe* mítico al mediático, nos hemos ido habituando al lenguaje que en los medios de comunicación habla una y otra vez de los “ídolos de la canción”, del deporte, del cine. Aunque los *héroes* tradicionales rara vez fueron confundidos con los dioses, del ídolo a la sustitución de este por un dios había un corto trecho, que hoy superamos con mayor facilidad. En los movimientos semipolíticos y apolíticos que todavía operan en el siglo XXI a favor del nazismo y el fascismo de nueva estampa,¹⁹ se evidencia la huella de todos esos individuos -raramente se trata de mujeres- que han sido elevados a la categoría de dioses; recuérdense, por ejemplo, en el Berlín de 1936 las figuras premiadas de los vencedores en las competencias de los Juegos Olímpicos durante el pleno dominio del nacional-socialismo. Es verdad que el advenimiento de Adolfo Hitler y de Benito Mussolini a comienzos del siglo XX -así como el de los autócratas y opresores que los antecedieron o sucedieron-, lo preparó una cierta oleada literaria durante el siglo XIX; pero la irrupción en la escena pública de tales sujetos²⁰ no fue ni ha sido por cierto un acaso.

18 En particular, de la ideología neoliberal es lícito afirmar que su elemento justificativo “está en el pensamiento único... que presupone los individuos como igualmente proyectados hacia la competición, lo que obviamente favorece al que, en la realidad concreta, atravesada por desigualdades estructurales, es ya un privilegiado” [Galli, pp.134-135: el autor habla del Estado social como “víctima del neoliberalismo” (pp.133-134)].

19 En opinión de Galli (p.144), “las nuevas ideologías se hacen consistentes más en movimientos que en partidos, en afirmaciones identitarias inmediatas que en proyectos de tipo colectivo”.

20 “Dioses por procura” llama a este tipo de gentes Ana Della Subin (2023).

En Occidente, muchos entre quienes detentan ciertas ambiguas ideologías identitarias se confiesan cristianos y argumentan a su favor citando la Biblia, con preferencia por el Antiguo Testamento que asumen al pie de la letra; es claro que no dudan nunca de las traducciones que corrompen el sentido original del texto, y menos aún son conscientes de la evolución de la fe de Israel a través de la que el cristianismo llama la *II Alianza*, la del Nuevo Testamento. Al mismo tiempo, se advierte el color de la piel de sus personajes preferidos y del ámbito cultural en que prefieren moverse, el de la burguesía de ‘raza’ blanca²¹, de sexo masculino las más de las veces, porque gentes de otro género no tienen ningún derecho en el panteón de los héroes, a menos que decidan constituirse en una microideología identitaria alternativa²².

Hoy por hoy, cuando el horizonte de los dioses va desdibujándose²³, no han desaparecido los *héroes*: “siguen existiendo para que la fe en la vida no decaiga” (Savater, 2004, p. 200). Ahora son todos ‘superhéroes’, y mediáticos. Dominados por la ciencia y la tecnología, las alteraciones genéticas que les han dado nacimiento los transforman en “mutantes bondadosos”. En todo caso “con superpoderes que controlan los desmanes de la ciencia, su vestido de superhombres hace que cualquier hazaña les sea posible” (Cardona, 2006, p. 64). Los hay en versión para niños y adultos. Ni el ya atávico *Supermán*, ni el *Hombre y la Mujer Araña*, ni los *X Men*, ni el increíble *Hulk*, ni la *Mujer invisible*, ni la *Mujer Gato*, ni *Elektra*, ni los *Ninja* son ya hijos de los dioses, aunque no falta alguno que afirma serlo; plenamente humanos, interesados en la intersubjetividad, abundan en ellos los sentimientos que los determinan a salvar la especie humana. Coherentes con la ideología que los vio nacer, defienden las tradiciones institucionales y el proyecto de la Modernidad: la justicia, el orden, la autoridad (p. 67). Algunos de ellos, sin embargo, ceden ante el gusto casi obsesivo por la *apocalíptica*, que se vale del miedo ante un futuro nada previsible; entonces, más que por la nobleza y el valor optan por la violencia, que juzgan necesaria para exorcizarnos del pánico.

A manera de conclusión

El cristianismo está en una fuerte crisis por la maciza presencia de mitología que contiene en su interior. Ha estado allí desde siempre pero nunca ha sido puesta en discusión por el simple hecho de ser

21 “Cómo la blancura llegó a ser deificada en el Nuevo Mundo”: así subtitula Ana Della Subin un extenso apartado (pp. 305-378), que dedica al argumento.

22 De héroes transformados en dioses por los antiguos y los nuevos pobladores de América, África y aun de Asia informa en detalle el citado estudio de Ana Della Subin.

23 Otto Rank (p.16) sostuvo que el mito -me permito incluir allí el heroico- comienza por un nivel terrestre para proyectarse luego al “universo celeste”: este no parece interesar al héroe contemporáneo porque tampoco resulta un objetivo propio de la modernidad a la que pertenece.

tomada a la letra y aun integrada en la historia. Es un fenómeno común a todas las religiones históricas. Sólo ahora, con los nuevos instrumentos culturales, esa mitología está emergiendo en su plena consistencia y, sobre todo, logramos verla, darnos cuenta y hablar de ella libremente, a diferencia de cuanto ocurría en el pasado²⁴.

Ante cualquier forma de ideologización, Roland Barthes propone el “poetizar” (1957 / 2002, p. 256), la creación de un mundo en el que la poesía y toda forma de expresión estética ayude a mostrar un mundo más humano, mejor que el alcanzado hasta ahora. La llamaría “levedad” en una de sus *Lecciones americanas* (1985-1986) Italo Calvino (1993 / 2015, p.32), al desear para los oyentes de su conferencia y para sí mismo que, al asomarse al nuevo milenio, encontraran, en lugar de heroísmo, sólo aquello que fueran capaces de llevar a él.

Perteneciente al conjunto iberoamericano -al menos hasta 1697 cuando España lo cedió al imperio francés-, es Haití el único Estado que en América prohíbe “formalmente” en su carta constitucional (artículo 7) “el culto a la personalidad” en todas sus formas, hasta en la negativa a dar nombres de personas vivas o muertas a poblaciones, calles, plazas, edificios públicos, etc., y a erigir “efigies” que las representen²⁵. Un rechazo el de esta isla caribeña de origen afroamericano, de etnia mayoritaria negra, al que sólo podía dar lugar una historia de violenta esclavitud. Quizás esa ley permite intuir el deseo de excluir en su memoria todo tipo de heroísmo, nacido del ingenio o de la fuerza para tensar el arco; porque para la sabiduría oriental, con la que de alguna manera coincide la cultura haitiana, tan sólo un corazón puro puede lograrlo²⁶.

En la versión cristiana, lo refleja Christos Yannarás (2012, p. 281): “Iglesia y religión son dos realidades incompatibles (...) como el eros y el interés personal (...). La religión es innata búsqueda del propio interés, la Iglesia compromiso de liberación de la búsqueda del propio interés egoísta”. El interés de los *superhéroes* contemporáneos que, asediados por el medio cultural dominante y so pena de ser condenados a la insignificancia -y por tanto a la no existencia-, necesitan sentirse diversos aun del simple *héroe* de los tiempos ya idos.

24 Presentación de la obra de Bruno Mori (2022). En los últimos quince años vienen publicándose textos similares que afrontan el tema; uno entre tantos, el del teólogo ateniense Christos Yannarás (2012), desde otra perspectiva, la de la ortodoxia oriental a la que pertenece. Rindo justicia, sin embargo, a quienes sí han puesto en discusión los mitos reflejados en los escritos bíblicos; el movimiento crítico se inició con Rudolph Bultmann (1941), y muchos otros, tanto en Oriente como en Occidente, han continuado por ese camino aun superando al maestro.

25 Constitución política de Haití (2012). Disponible en: https://www.constituteproject.org/constitution/Haiti_2012.pdf?lang=es

26 Al interesante dato cultural sobre el Oriente alude Bauzá (1998, p.20) en otro contexto.

Referencias

- Ackerman, D. (1992). *Una historia natural de los sentidos*. Barcelona: Anagrama.
- Alvar, C. (2005). "Cervantes y los judíos". Recuperado de: https://cvc.cervantes.es/literatura/cervantistas/coloquios/cl_2005/cl_2005_05.pdf
- Amodio, E. (2009). "Las cortes históricas en el culto a María Lionza en Venezuela. Construcción del pasado y mitologías de los héroes". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 15(3), 157-168.
- Barbaglio, G. (2012). *Gesù ebreo de Galilea. Indagine storica*. Bologna: Dehoniana.
- Barrios Tao, H. (2008). "La metáfora militar en Pablo: El combate del cristiano en Efesios 6, 10-20". Bogotá: Bonaventuriana.
- Barthes, R. (1957 / 2002). *Mitologías*. México: Siglo XXI.
- Bauzá, H. F. (1998). *El mito del héroe: Morfología y semántica de la figura heroica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Benedicto XVI, Papa (2007, 22 de junio). Carta de Benedicto XVI al Cardenal Jean-Pierre Ricard, Arzobispo de Burdeos con ocasión de los 100 años del escultismo. Recuperado de https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/letters/2007/documents/hf_ben-xvi_let_20070622_scoutisme.html
- Calvino, I. (1993 / 2015). *Lezioni americane. Sei proposte per il prossimo millennio*. Milano: Mondadori.
- Cardona, P. (2006). Del héroe mítico al mediático. *Revista Universidad EAFIT*, 42 (144), 51-68. Recuperado de: <https://repository.eafit.edu.co/bitstream/handle/10784/16681/document%20-%202020-08-07T145919.536.pdf?sequence=2&isAllowed=y>
- Carlyle, Th. (1841 / 1967). *Gli eroi e il culto degli eroi e l'eroico nella storia*. Torino: Utet.
- Chevalier, J. y Gheerbrant, A. (1986 / 2009). *Diccionario de los Símbolos*. Barcelona: Herder.
- De Gruyter (s.f.). "Don Quijote, ¿héroe o antihéroe?" Recuperado de: https://www.degruyter.com › rom.rom04_68608 › html

- Del Castillo, R. y Cano, G. (2006). Las ilusiones de la estética. En Eagleton, T. (1990/2006). *La estética como ideología* (pp.9-48). Madrid: Trotta.
- Delumeau, J. (1978 / 1989). *El miedo en Occidente (Siglos XIV - XVIII): Una ciudad sitiada*. Madrid: Taurus.
- Deneb, L. (2001). *Diccionario de Símbolos: Selección temática de los símbolos más universales*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Dusi, E. (2023, 1 settembre). “Quei mille individui che salvarono l’umanità dall’estinzione”. *Repubblica*, p. 27.
- Eagleton, T. (2006). *La estética como ideología*. Madrid: Trotta.
- Eco, U. (1995). *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Lumen - Tusquets.
- Eisenberg, D. (2005). “La actitud de Cervantes ante sus antepasados judaicos”. Recuperado de: https://cvc.cervantes.es/literatura/cervantistas/coloquios/cl_2005/cl_2005_06.pdf
- Francisco, Papa (2019, 3 de agosto). Discurso de Francisco a los participantes en el “Euromoot” de la Unión Internacional de Guías y Scouts de Europa. 3 de agosto de 2019. Recuperado de: https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2019/august/documents/papa-francesco_20190803_scouts-europa.html
- Galli, C. (2022). *Ideologia*. Bologna: Il Mulino.
- Harari, Y. N. (2020). *21 lezioni per il XXI secolo*. Milano: La Repubblica.
- Horsley, R. A. y Silberman, N. A. (2005). *La revolución del Reino: Cómo Jesús y Pablo transformaron el mundo antiguo*. Santander: Sal Terrae.
- Latino-Genoud, R. (2001-2002). Algunas reflexiones sobre el vudú y la cultura haitiana. *Cuyo: Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, 18-19, 97-121.
- McLean, B.P. (2002). “Don Quijote: ¿Héroe o antihéroe?” Recuperado de https://cvc.cervantes.es/literatura/aiso/pdf/06/aiso_6_2_032.pdf
- Medina de Pacheco, M. (2006). *Los Muiscas: Verdes labranzas, tunjos de oro, subyugación y olvido*. Tunja: Biblioteca de la Academia Boyacense de Historia y Búhos Editores.

- Mori, B. (2022). *Per un cristianesimo senza religione: Ritrovare la 'via' di Gesù di Nazaret*. Torino: Gabrielli.
- Pagola, J. A. (2013). *Jesús: Aproximación histórica*. Buenos Aires: PPC.
- Paz, O. (1987). *El peregrino en su patria: Historia y política de México* (vol. I). México: Fondo de Cultura Económica.
- Pío XI, Papa (1925, 11 de diciembre). Carta encíclica *Quas primas* del Sumo Pontífice Pío XI sobre la fiesta de Cristo Rey. Recuperado de: https://www.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_11121925_quas-primas.html
- Presidencia de la República de Colombia (s.f.). "Símbolos patrios. Himno nacional". Recuperado de <http://historico.presidencia.gov.co/asiescolombia/himno2.htm>
- Rank, Otto (1868 / 1981). *El mito del nacimiento del héroe*. Barcelona: Paidós.
- República de Haití (2012). *Constitución política de Haití*. Recuperado de: https://www.constituteproject.org/constitution/Haiti_2012.pdf?lang=es
- Savater, A. F. (2012). Política literal y política literaria. Sobre ficciones políticas y 15-M, p. 8. Recuperado de http://www.eldiario.es/politica/Politica-politica-literaria-ficciones-politicas-Amador_Fernandez_Savater_EDIFIL20121203_0001.pdf.
- Savater, F. (2004). *La tarea del héroe*. Barcelona: Destino.
- Subin, A. D. (2023). *Immortali per caso. Di uomini diventati divini senza volerlo*. Torino: Bollati Boringhieri.
- Trifonas, P. P. (2004). *Barthes y el imperio de los signos*. Barcelona: Gedisa.
- Yannarás, Ch. (2012). *Contro la religione*. Magnano: Qiqajon.